

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:  
JUAN ROBERTO ROJO

Administrador:  
EDUARDO CASANOVA

Secretario de Redacción:  
ANGEL J. B. RIVERA

---

## PASCAL <sup>(1)</sup>

---

Voy a hablaros de Pascal, con motivo del tercer centenario de su nacimiento.

Se trata de un tema de los más gratos a mis afinidades intelectuales, si bien, no se me oculta que, no basta esta disposición de ánimo, para superar las graves dificultades del asunto.

Me halaga sin embargo y me conforta la circunstancia de responder este acto a un pedido espontáneo de los alumnos, representados por su Centro. Dada la posición de Pascal en la historia del pensamiento humano, esta iniciativa es un síntoma y no la mera celebración académica de un aniversario.

Al evocar en hora oportuna, la personalidad luminosa y melancólica de Pascal, semejante homenaje denota la acción latente de corrientes y de inquietudes espirituales que mueven, con impulso creciente, a la nueva generación hacia los problemas de interés filosófico.

En este movimiento ideológico, me complace esperarlo, será vanguardia, la juventud que en esta casa reconoce su hogar intelectual.

Pascal desenvuelve su corta existencia en la primera mitad del siglo XVII, cuando se inicia con Descartes y Bacon la re-

---

(1) Palabras que hubo de pronunciar el autor a pedido del Centro de Estudiantes.

novación de la filosofía moderna, al tiempo mismo que Galileo fundamenta la evolución de las ciencias exactas y que en Francia adviene la gran época literaria del siglo de Luis XIV.

¿En cuál de estas grandes acciones contemporáneas, se había de distinguir la intelectualidad precoz del joven Pascal? En todas, señores.

En la amplitud de su espíritu, abarcaba la visión del mecanismo universal, sin deprimir el alto concepto de la personalidad humana y sin mengua de su sensibilidad estética.

Apreciaba el valor de la investigación empírica, conocía los secretos de la especulación, con acabado albedrío dominaba a su idioma y aun le hostigaba el anhelo del más allá.

En la historia de la prosa francesa, Pascal es un iniciador, cuya autoridad clásica se mantiene sin desmedro, a pesar de los grandes sucesores. Espejo de las más altas calidades del genio nacional, su dicción, siempre transparente y fluída, se adapta sin vacilar a las intenciones dialécticas de su pensamiento. Seducidos, nos obliga a seguirle, olvidados de la aridez del tema y de las sutilezas de la disquisición.

El vigor de la polémica acrece con el giro irónico, la fuerza del argumento se avalora con la elegancia de su expresión y la querrela teológica, se ennoblece con los prestigios del arte. La atención de tres siglos no ha podido apartarse de esta obra, que por su fondo y su forma, siempre vuelve a ser el deleite de los espíritus cultos.

Una temprana vocación inclinó a Pascal a las matemáticas, en las cuales había de distinguirse de modo excepcional. Profundizó la teoría de los números y de los dos grandes que se disputan el descubrimiento del cálculo integral, Leibnitz confesaba, haberse inspirado en Pascal.

Su trabajo sobre el equilibrio de los líquidos, resuelve un difícil problema de la mecánica racional y la comprobación experimental de la gravedad del aire, prescindiendo de su importancia para las ciencias físicas, aun reviste cierta importancia filosófica.

En efecto, como una verdad dogmática imperaba el principio aristotélico que atribuía a la naturaleza un horror al va-

cio. Evidenciar la falsedad de este error, implicaba también conmovier la autoridad consagrada, pues si Aristóteles, el filósofo por excelencia, podía equivocarse, poníase en tela de juicio toda su labor especulativa.

Por su compenetración con los métodos matemáticos, era de esperar, que atraído hacia la especulación metafísica, Pascal seguiría las sendas del incipiente racionalismo.

Descartes había dado el ejemplo y abrigaba la esperanza de afianzar la especulación abstracta, sobre bases tan sólidas, con conclusiones tan ciertas, como las de orden geométrico. Sabido es, como el racionalismo en su evolución ulterior mantuvo semejante empeño con Espinoza y con Leibnitz.

No así Pascal. Nadie ha experimentado, por cierto, con mayor intensidad el afán metafísico, nadie ha luchado con mayor denuedo por llegar a la verdad inaccesible. Pero he aquí lo extraño; esta inteligencia habituada al rigor del enlace lógico que une los axiomas a sus corolarios, rechaza el método cartesiano, con sus proposiciones evidentes y ciertas, más aún, descubre su falacia.

Ni en la vetusta forma escolástica, ni en la nueva que concibe su gran contemporáneo, el racionalismo le cuenta entre sus secuaces, sino entre sus más declarados adversarios. Bien pronto, se da cuenta que las definiciones de la nueva escuela, no valen mucho más que los silogismos de la antigua.

Ciertamente, opina, sería bello poder definir y probarlo todo, pero esto es absolutamente imposible, pues los términos a definir, suponen premisas anteriores en una regresión infinita.

Así se llega a términos sin definición posible, a principios al parecer evidentes pero incomprensibles, que no mejoran con prueba alguna. La duda acaba por prevalecer en su espíritu, ya convencido de que adolecemos de una incapacidad natural e irremediable, para alcanzar el conocimiento perfecto.

Es que no desconoce ni la relatividad de las mismas matemáticas. La geometría no puede definirnos el espacio, el tiempo, el movimiento, el número, la igualdad y tantos otros términos, cuya explicación intentada, más los obscurece que los aclara.

Sin embargo, la matemática, no obstante de ignorar la naturaleza del espacio, del movimiento y de los números, se ocupa precisamente de estos tres objetos desconocidos y se divide en mecánica, aritmética y geometría, sin definirlos ni probarlos previamente.

La crítica del concepto espacial, le lleva a dos conclusiones opuestas sobre la indivisibilidad y así anticipa la segunda antinomia de Kant. Apurados los geómetras han de convenir que ambas proposiciones son tan inconcebibles, la una como la otra, y que carecemos de capacidad cognoscitiva para comprenderlas.

No es menos penetrante su análisis de la categoría de la unidad, que siempre resulta compleja. Por fin el raciocinio geométrico obliga a considerar los hechos naturales, al hombre inclusive, como fluctuantes sin apoyo entre dos infinitos opuestos, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

Esta contradicción desconsoladora convierte la existencia humana en un enigma insondable. Habernoslo revelado es a juicio de Pascal precisamente el mayor mérito de las matemáticas, pues al darnos la conciencia de esta situación paradójica, nos constriñe a meditar sobre nuestro destino. De consiguiente el mismo método que los racionalistas juzgaban la guía más segura, incommovible por su exactitud, se le revela insuficiente y sirve de base a su posición escéptica.

Porque quien con tanta perspicacia y autoridad señala los límites del conocimiento matemático, menos todavía había de confiar en la eficacia de la lógica especulativa. Tanto menos, cuanto se apresura a prevenirnos que el raciocinio, siempre obedece a impulsos ocultos de nuestro espíritu y se presta a servir todos los deseos.

En efecto, es preciso distinguir el ingenio matemático del ingenio de sutileza especulativa, que rara vez se verán juntos. Lo dice con intencionada alusión a Descartes.

Acostumbrados los geómetras a sus principios claros y evidentes y a raciocionar sin haberlos coordinado bien, se pierden en los asuntos especulativos donde los principios no son tan simples. Más que verlos, hay que sentirlos y es difícil per-

cibirlos en toda su delicadeza y complejidad. Es tarea ardua querer sistematizarlos, porque es preciso intuirlos de un solo golpe de vista y no por un raciocinio progresivo. Los géometras carecen de sentido especulativo porque quieren encuadrar en fórmulas exactas lo inconmensurable y operan con definiciones y axiomas.

A su vez los ingenios especulativos, habituados a emplear abstracciones, se extrañan, si se les obliga a un análisis previo, a pasar por definiciones y principios que no acostumbran contemplar en sus detalles.

Los géometras, que no son nada más que géometras, poseen un criterio recto pero limitado a su esfera, y las mentalidades especulativas, aunque más amplias, no descienden hasta los elementos de sus concepciones, porque viven ajenos a la realidad.

Y en la realidad clava sus ojos Pascal, para comprobar la falacia, la inestabilidad, de todos nuestros juicios y conocimientos.

Pasa por verdad en una margen del río, lo que es falso en la otra. Las leyes fundamentales cambian, el derecho tiene sus épocas y tres grados de mayor o menor aproximación al polo trastornan los conceptos morales. Lo justo y lo injusto, varían según el clima.

El acaso del nacimiento, las impresiones recibidas en la niñez, deciden de nuestras opiniones.

Tratados tenemos sobre el "Principio de las cosas", sobre los "Principios de la filosofía", pero nada nos enseñan y su lectura es tiempo perdido. Aun las pruebas de la existencia de Dios no son convincentes, sobre todo si se trata del Dios cartesiano, concebido tan solo para darle un empujón al mundo.

Hartos de controversias escolásticas, apelamos en vano a la sutileza y a los vocablos bárbaros y presuntuosos de la lógica.

Las mismas palabras son equívocas, y si Descartes repite el dicho de San Agustín: Pienso, luego existo, entiende otra cosa.

El hombre no abriga sino errores; todo lo engaña. Los dos principios del conocimiento, la razón y los sentidos, faltos

de sinceridad, se burlan mutuamente y las pasiones ofuscan el juicio. O caemos en el escepticismo o en el dogmatismo.

El escepticismo ya tenía en Francia un gran representante, Montaigne, a quien Pascal admira y condena, porque al jovial gascón, su descreimiento, no le quitaba el sueño, ni le amargaba los modestos goces de la vida, mientras que a Pascal, la duda le dislaceraba el alma.

No la duda metódica, puramente intelectual, de Descartes, quien en realidad nunca dudó de nada, sino la duda viva y angustiada que, como un incubo, clama y reclama, su obsesión.

Nada sabemos, ni nada podemos saber. Está bien; renunciemos a la solución teórica del gran arcano. Pero, es que queda en pie un problema práctico: ¿qué actitud asumiremos frente a lo inexcrutable? Es indiferente o corremos un peligro si por suerte no acertamos.

¿Hemos de jugar la existencia de Dios en una apuesta a cara o cruz? Arriesgaríamos quizás en este juego nuestra dicha o nuestra miseria y abstenernos sería lo prudente, si no fuera forzoso decidirse, pues la vida está por delante y la hemos de vivir.

El inextinguible matemático que alienta en el fondo de Pascal, calcula un momento las probabilidades del caso, pero muy luego, advierte la necesidad de buscar distinta vía para salir del laberinto.

Se trata de un problema humano. Pascal se aflige de la miserable condición del hombre. No solamente de la exígua capacidad de su entendimiento, sino mucho más aún, de su degradación moral.

El hombre hermana el instinto de las bestias a un anhelo de grandeza infinita, pero vive despreocupado de su destino.

En sentencias de un pesimismo acre, comparable a las máximas de La Rochefoucauld, Pascal castiga la torpeza de su especie. El yo es aborrecible; es la fuente de todo egoísmo y envilecimiento. Con sagacidad psicológica descubre las flaquezas íntimas de nuestra vida y su sentido moral se subleva ante el espectáculo de los pequeños intereses, de las mezquinas va-



nidades, de las bajas pasiones, que consumen la existencia sin saciarla.

Si con caridad recuerda la inconsciencia e ingenuidad de los humildes, se indigna y compadece con las clases sociales que arrastran su existencia entre la disipación y el tedio. La concupiscencia es el gran mal.

Acosado por estas tribulaciones, ante el desastre de la razón, movido por el vehemente impulso de su alma, Pascal, invoca una inspiración superior al conocimiento sensible o inteligible, se acoge a convicciones que brotan imperiosas de su espíritu, porque al fin, el corazón, tiene razones que la razón no conoce. Todo nuestro raciocinio obedece al sentimiento.

A pesar de todas las miserias que nos estrangulan, un instinto indomable nos eleva y en la conciencia de su bajeza, se manifiesta aun la dignidad del hombre.

A la edad de treinta años, tras larga lucha íntima, Pascal ha hallado la ley de su existencia y en la comunión mística con lo Eterno, en la intuición inmediata de su Dios, encuentra la paz de todas sus dudas.

La gran experiencia mística, que en todos los tiempos, en todos los países, bajo el imperio de las creencias más diversas, estremece de vez en cuando a un espíritu selecto, siempre se distingue por el mismo contenido.

En su arrobamiento, desligado de ataduras terrenales, el místico halla la sensación de la libertad, se siente identificado con lo absoluto, con la esencia misma de lo increado. Al replegarse sobre sí mismo no cae en el vacío de la abstracción; le embarga la plenitud de un sentimiento inefable, la visión beatífica que solo con imágenes incongruentes, logra traducir en palabras.

“Esta elevación, dice Pascal, es tan eminente y trascendente que no se detiene ante el cielo, no se satisface ni aun más allá, ni con los ángeles, ni con los seres más perfectos. Atraviase todas las criaturas, sólo ante el trono de Dios el corazón se rinde y halla su reposo. Y comienza a considerar como una nada, todo cuanto precedero ha de retornar a la na-

da; el cielo, la tierra, su cuerpo, sus parientes, sus amigos, sus enemigos, sus bienes, la pobreza, la desgracia, la prosperidad, el honor, la ignorancia, la estima, el menosprecio, la autoridad, la indigencia, la enfermedad, la salud, la vida misma”.

No logramos, sino con un esfuerzo, quizás penoso, darnos cuenta de este fenómeno de la fe, universal sin embargo, persistente al través del tiempo, hecho positivo que arraiga en las mismas entretelas del corazón humano.

Revista las formas más extrañas y anima con igual impulso las huestes contrarias. Alza a los humildes hasta los brazos de la cruz, pone el sayal sobre la soberbia de los grandes y pasma la suficiencia de los fatuos. Mueve las multitudes y se exalta en espíritus singulares.

Se contamina con las supersticiones más burdas, se degrada con las pasiones más vehementes, se aferra a vanas fórmulas, e irradia serena y luminosa en la mente de Plotino o de Rabindranat Tagore.

Habituosos al indiferentismo de nuestro ambiente, se nos escapa el sentido profundo del problema religioso y algunas veces hasta lo confundimos con la apreciación de un sistema determinado de dogmas, cultos y ritos. Estos pueden o no, coincidir con la actitud religiosa, que es una disposición afectiva de nuestro espíritu, pero no son en realidad sino manifestaciones simbólicas, medios de expresión, sustituíbles por otros. No existe la visión mística materializada. Lo dijo Kabir: El incondicionado no se encierra en el templo ni en la mezquita, no lo contiene la iglesia ni la sinagoga, destella su luz por el universo y cabe en la morada de tu corazón.

Pascal, si bien encuadró su actitud religiosa en formas tomadas del cristianismo, dispuso de la doctrina ortodoxa con soberana libertad. La iglesia como tal, la organización jerárquica, el papado, el culto externo, poco le interesan. En la enumeración de cosas deleznable, de las cuales se ha desprendido, se halla también la autoridad.

A las Escrituras apela, pero no con intención escolástica. “Porque la Escritura sagrada, exclama, no es una ciencia del espíritu, sino del corazón; sólo la entienden los hombres de co-



razón recto; la caridad no es solamente el objeto de la Escritura, sino también su clave”.

Luego se abandona a disquisiciones teológicas. En el pecado original, descubre la raíz de la corrupción del hombre y la necesidad de redención que no puede alcanzar por medios propios. Su impotencia requiere el auxilio indispensable de la gracia. Por ahí viene a coincidir Pascal con la congregación jansenista de Port Royal.

Inspirados por San Agustín, padre de la iglesia y de todas las herejías, los jansenistas, no muy numerosos pero distinguidos por la calidad y el fervor de sus adherentes, constituían una secta que, a pesar de sus divergencias con la curia, se obstinaba en pasar por católica. Esta posición híbrida e inconsecuente la mantuvo en perpetuo conflicto con la autoridad que decían reconocer.

Eran una especie de puritanos católicos; sometido a austera disciplina les obedeció el convento de monjas de Port Royal y en torno del mismo formóse un núcleo de ascetas intelectuales, creyentes y dialécticos, diestros en la polémica. Dividían su tiempo entre el cilicio y el libro y contaban con hombres de valía, como Arnauld, Nicole, Singlin y tantos otros.

A ellos se afilió Pascal con estrecha amistad, pero no con entera sumisión. Siempre se mantuvo superior al medio, como no lo disimula Sainte Beuve, el historiador de Port Royal. Poco a poco se emancipó de la posición sofista de sus compañeros y se distanció de la doctrina medrosa, consciente de hallarse fuera del catolicismo romano.

Entretanto la Sorbona se avocó al examen de ciertas tesis jansenistas sobre la Gracia, denunciadas como heterodoxas. Los gestores fueron los jesuitas, que ya habían arrancado a la curia resoluciones condenatorias y ahora deseaban darles consecuencias prácticas.

La influencia de Port Royal molestaba a la poderosa Compañía y tras de la Gracia teológica se ocultaba una rivalidad menos abstracta.

En aquellos tiempos de la contra-reforma, cuando las luchas religiosas se complicaban con las políticas y en torno del

trono se agitaban hugonotes y frondistas, la sociedad de Jesús perseguía con hábil tenacidad los objetos de la restauración católica. Les importaba ante todo poseer la voluntad de los dueños del poder político y al efecto empleaban sin escrúpulos los medios conducentes al fin.

Profesaban un cristianismo mitigado por todas las consideraciones mundanas, reducido casi a las meras prácticas del culto externo, al cumplimiento mecánico de ritos religiosos. Tengamos presente la mentalidad supersticiosa de la época; para un gentilhombre solía ser un menor cargo de conciencia matar a un adversario a mansalva, que promiscuar en día de ayuno. Esta actitud devota, sin asentimiento interno, contaba a veces con la laxitud de los jesuitas, que lejos de toda austeridad pedante, eran en resumidas cuentas el polo opuesto de los jansenistas, a quienes por poco tildaban de calvinistas. Los teólogos contrarios retribuían este cargo con el reproche de Pelagianos, posición también heterodoxa.

Arnauld había sido acusado y corría peligro. En esta ocasión intervino Pascal. En intervalos oportunos lanzó a la publicidad diez y ocho panfletos, que en los círculos dirigentes de París causaron honda impresión y se reunieron luego en un volumen con el nombre de Cartas provinciales. El genio del autor supo hacer de aquella empresa, casi, diríamos hoy, periódica, un libro imperecedero no obstante haber sido quemado por mano del verdugo.

No es mi propósito hablaros de las Cartas Provinciales. Tenéis la obligación de conocerlas.

Las energías de una inteligencia superior, la fortaleza de un alma íntegra y las dotes del hombre de letras, se emplean en la crítica de la religiosidad postiza. La moral casuista, las reservas capciosas, la ductibilidad servil, la ausencia de sentido ético y la perversión del evangelio, se exhiben con implacable ironía unas veces y con recia vehemencia otras. La sociedad de Jesús nunca pudo sanar de semejante ataque. En esta diatriba honesta se inspiró Molière para escribir su *Tartufe*.

La entereza de Pascal, la hallamos así mismo, en numerosos fragmentos de la obra, interrumpida por su muerte. La pu-

blicación póstuma se hizo con el nombre de "Pensamientos" y de ellos quiero citar algunos, sugeridos por el orden social:

. . . . .

Si despojamos al juicio de Bergson, de cierto chauvinismo circunstancial, podemos en efecto considerar a Descartes y a Pascal, como los fundadores de la filosofía moderna. En su orientación racionalista el primero y en la anti-intelectualista el segundo.

Por de pronto, casi durante dos siglos, había de prevalecer el racionalismo, hasta la aparición de su gran demoleedor.

El romanticismo dió lugar al auge, un poco exuberante, del anti-intelectualismo y el positivismo luego, en reacción violenta, quiso extinguir la especulación filosófica.

Otra vez nos encaminamos a nuevos rumbos. ¿En qué puede guiarnos Pascal?

Por cierto no hemos de reabrir el debate sobre el pecado original, ni sobre la Gracia suficiente y eficiente. No volveremos a creer en los milagros, ni pueden servirnos de norma las soluciones personales que halló para sus afanes.

No está ahí la importancia actual de Pascal. Está en la actitud espiritual con que afirma los valores éticos, frente a las ficciones, a las simulaciones, de un vano ritualismo y verbalismo.

Está en la acentuación de la personalidad humana, como problema superior a los problemas cósmicos.

Está en la hegemonía, atribuída al impulso ideal de la voluntad sobre la razón, mero instrumento pragmático.

Está en haber señalado la especulación lógica como un juego sofista y haber negado el método geométrico en los dominios inconmensurables de lo subjetivo.

Nos es un ejemplo, porque hizo concordar sus actos con su doctrina, porque vivió su vida propia, sin coacción ni cobardía, como le plugo a su soberana voluntad, porque no separó su verdad del Bien y de la Belleza, porque no adoró ídolos extraños y solo rindió culto al Dios que le estremecía el alma.

Y sin invadir el respetable dominio de la teología, séanos permitido también una pequeña exégesis. Estimo que el pecado original es nuestro remoto abolengo, el residuo ancestral, el instinto gregario, la servidumbre opaca, de la que nos hemos de redimir por la afirmación de la libertad y de la dignidad humana.

*Alejandro Korn.*